

*Quiero, por eso, hablar contigo
de hombre a hombre,
apoyarme en ti,
ofrecerte mi brazo
que el tiempo es escaso
y el latifundio sigue allí, matando (...)*

Así irrumpe el otro en la poesía de Gullar. El discurso poético se ha vuelto interlocución. El prójimo lo es por obra de circunstancias históricas que nos hermanan. El modo similar en que éstas nos afectan, las alternativas comunes que nos imponen, nos acercan y nos identifican. El poema ha dejado de ser el sitio de un espectáculo opcional para convertirse en el escenario de una voluntad de encuentro inaplazable. Y el lenguaje en el que el poeta nos habla se inspira enteramente en el descubrimiento de esa cercanía salvadora. «Somos muchos millones de hombres/ comunes/ y podemos formar una muralla,/ con nuestros cuerpos de sueño y margaritas».

Prácticamente en todas las composiciones de este período (1962-69) prepondera una técnica de construcción similar: se parte de un hecho específico, de un episodio que aparece recortado con un propósito aparentemente anecdótico. Luego, mediante el desocultamiento del fondo ideológico que entraña ese episodio aislado, el texto se encamina hacia una realidad más vasta y más honda, dotada de una fuerte significación colectiva. La vida urbana, a lo largo de estos siete años, es el ámbito por excelencia, el *topos* de esta lírica de la enajenación y la fraternidad: «Todas las cosas de las que hablo están en la ciudad/ entre el cielo y la tierra».

Poesía y Persona

Al caracterizar a la poesía contemporánea, Hugo Friedrich anota que «Con Rimbaud ha empezado esa separación anormal entre sujeto poético y yo empírico, que habrá de encontrarse actualmente en Ezra Pound y en Saint-John Perse, y que ya por sí sola hará imposible comprender la lírica moderna como expresión biográfica»⁷. De hecho, la poesía europea del siglo XX, que es a lo que estrictamente se refiere Friedrich cuando alude a la lírica moderna, encuentra en esta disolución del yo personal, uno de sus rasgos distintivos. El texto literario no proviene, en sentido lato, de una persona reconocible ni tampoco nos habla de un mundo reconocible. El autor no se brinda como alguien que quiere ser entendido, ni pretende que sea inteligible el territorio temático que traza su canto. Empecinado en ofrecerse como fragmento de fragmentos, el poema, más que entregar sus percepciones, las insinúa, y es imposible reconocer en este abanico de parcialidades intencionales, de trozos en semipenumbra, la presencia del hombre que escribe como un totalidad. «Uno de los rasgos principales de la poesía moderna es su alejamiento cada vez más decisivo de la vida natural. Junto con Rimbaud, Mallarmé representa al abandono más radical de la lírica de la vivencia y de la confesión, y con ellos de un tipo de poesía que por entonces todavía estaba representado con grandeza, por Verlaine. En realidad, la lírica anterior, desde los trovadores hasta la época

⁷ Estructura de la lírica moderna, por Hugo Friedrich, pág. 105, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1959.

romántica, sólo en muy pocos casos se refiere a verdaderas vivencias, raras veces representa una comunicación, a modo de diario, de sentimientos personales; lo que ocurre es que el error de los historiadores de la literatura, infectados de romanticismo, nos ha inducido a considerarlos como tales. En todo caso, lo que sí es verdad es que la lírica estilizada, la antigua lírica base de variaciones artísticas sobre lo general, se movía dentro de un círculo que al hombre le era familiar. La lírica moderna excluye no sólo la persona privada, sino también la humanidad normal»⁸.

Es la inteligibilidad del mundo circundante lo que se evapora en la poesía europea actual. El fenómeno, por lo demás, se extiende a la prosa de nuestro tiempo. La narrativa europea acusa, de Joyce en adelante, esa disolución de la transparencia significativa de lo cotidiano. La desarticulación de la identidad personal logra en la novelística kafkiana una de sus expresiones más abrumadoras. *El extranjero* de Albert Camus y el teatro de Beckett e Ionesco prolongan, dolorosamente, esta exploración de lo neutro y desdibujado. Se trata, en suma, de un eclipse de la identidad occidental que alcanza en la literatura del Viejo Mundo uno de sus reflejos más dramáticos.

¿Qué ocurre, entretanto, en la lírica de América del Sur? ¿Constituye, como sucede en tantos otros órdenes, una mera prolongación de la problemática metropolitana?

Ciertamente, hay poetas entre nosotros —y excelentes poetas— que han hecho suya la ética y la estética de esta visión del arte europeo para la que muchos reivindican una validez planetaria. Creo, sin embargo, que no es su trabajo el que mejor nos dice cuáles son los rumbos principales por los que se orienta la indagación poética de la identidad latinoamericana. Y no por falta de calidad literaria, sino por falta de conciencia histórica, es decir: de lo que hay de específico y determinante en nuestra situación existencial. Por eso es erróneo, a mi ver, el trasplante mecánico, a nuestras regiones, de la excelente semblanza que de la lírica europea nos ofrece Friedrich. No se trata, por una parte, de reivindicar una autonomía jactanciosa y vana, sobre la que, además, se ha trillado hasta el hartazgo. Se trata de entender, en cambio, que no formar parte de una misma realidad somos la misma realidad. El hecho de que pertenezcamos, los europeos y nosotros, a una misma civilización, nos emparenta, en suma, sin confundirnos.

La década del 70 encuentra a Gullar empeñado en la búsqueda de su condición latinoamericana. Ya sabe que la mejor poesía, la verdadera, será aquella que acoja e indague los vaivenes que acompañan el crecimiento de este yo personal e histórico. La aprehensión de la trama comunitaria en la que se asientan la trayectoria individual y las alternativas biográficas, no induce nunca al poeta a incurrir en propuestas colectivistas inconsistentes. Así como la vida de uno es siempre vida con los demás, así también sabe el poeta que esta vida con los demás no es nunca mero gregarismo.

Justamente, el descubrimiento que hace de sí como un hombre igual a muchos le permitirá a Gullar conceder a lo estrictamente personal, a los hechos que dieron y dan forma a su biografía, una proyección estética que hasta entonces no reconoce otro precedente que Manuel Bandeira. La subjetividad gana de tal modo, en su poesía, una di-

⁸ *Ob. cit.*, pág. 171.

menCIÓN nueva, la definitiva, porque ahora entrelaza, en perfecto equilibrio, ontología, sociedad y persona. Libre ya de los pruritos filosóficos de antaño, a resguardo del individualismo por el desarrollo de su conciencia política, y del socialismo de barricada gracias a su lúcida concepción del yo, Gullar comprende que hay un costado solitario aún en el hombre solidario; pero, sabe, a la vez, que la enunciación de aquel flanco, cuando se cumple con espíritu fraternal, con afán comunicativo, reúne en lugar de separar.

Ah, la oscura/ sangre urbana/ movida a intereses./ Es gente que pasa sin hablar/ y está llena de voces/ y ruinas. ¿Eres Francisco?/ ¿Eres Antonio? ¿Eres Mariana?/ ¿Dónde ocultaste el verde/ resplandor de los días? ¿Dónde/ ocultaste la vida/ que de tus ojos se borra apenas brota?/ Y pasamos/ cargados de flores sofocadas./ Pero adentro, en el corazón,/ yo lo sé,/ la vida late. Subterráneamente/ la vida late./ En Caracas, en Harlem, en Nueva Delhi,/ bajo las penas de la ley/ en tu pulso,/ la vida late./ Y es esa esperanza clandestina/ mezclada a la sal del mar,/ quien me sustenta/ esta tarde,/ asomado a la ventana de mi pieza en Ipanema,/ en América Latina.

La inmersión en lo biográfico será más y más honda; como también será más honda cada vez la concepción sustantadora de este personalismo. No se trata, vuelvo a decirlo, de un yoísmo insípido, acumulación petulante de episodios que se pretenden relevantes cuando en verdad no lo son. No hay crónica y anécdota aquí; lo que hay es una singular capacidad de hundir las manos en lo estrictamente personal y extraerlas cargadas de incitaciones que operan sobre el lector como focos luminosos, reveladores de su propio ser. Hablándonos de sí mismo, el poeta nos habla de los hombres que lo escuchan. Su cuerpo, las cosas que a diario rodean ese cuerpo y lo modelan, el pasado que sin duda es suyo e inconfundible, objetos que sólo él tocó, sonidos que únicamente sus oídos registraron, alcanzan, sin embargo, por otra y magia del lenguaje, una trascendencia emocional francamente colectiva.

Poema Sujo, compuesto en 1975, quiere resumir en una sola, extensa composición sinfónica, esta apasionada visión del mundo donde se funden en un todo el yo, el nosotros, la historia y la eternidad. Con él se prueba, como tantas otras veces, qué certera fue la afirmación de Tolstoi cuando aseguró que a la universalidad se llega sabiendo describir la propia aldea. São Luis do Maranhão, suelo natal del poeta, el múltiple abanico de objetos que circundaron y sostuvieron los días sucesivos de la infancia, las horas tormentosas de la adolescencia, los primeros asombros juveniles, ganan, en el *Poema Sujo*, un papel protagónico. Lo ocasional, lo efímero si se quiere, es rescatado por este libro con el estremecimiento de quien recupera tesoros. Y ello es posible porque *lo sido* y lo transitorio —con su polifacética carga de cosas, de seres, de luces, voces y olores fugaces— dejan de actuar como fondo meramente periférico para ser reconocidos como instancias decisivas de la existencia. Fuimos y somos en medio y por medio del contacto con lo que parece trivial, con lo que por un instante *nomás* nos rodea, nos fecunda y luego se pierde, tragado por el vértigo de las sucesiones, del olvido, la indiferencia, el miedo o la pasión que nos empujan hacia adelante en un torbellino que casi nunca entendemos y que siempre nos devora.

Mediante hechos cotidianos aparentemente ínfimos, Gullar diagrama el espacio que lo retrata entero, concreto y carnal. Indagándose nos indaga; buceando en su país bucea

en los nuestros. Brasil en particular se beneficia con un imagen que lo aprehende y lo desnuda con un amor y una conciencia crítica inusuales; la poesía continental, por su parte, con un fruto maturo, necesario, hermosamente actual. Es América Latina, en suma, la que nos brinda, con el *Poema Sujo*, una expresión sorprendente de su golpeado corazón y de su fortaleza irreductible.

Santiago Kovadloff



Un rincón de Río de Janeiro